

permite caer en la indolencia. Mas al llegar donde viven alemanes se ve desde luego que estos trabajan para generaciones venideras. Las casas que construyen los alemanes tienen paredes de espesor doble que las de otra gente. Cuando el alemán planta las jambas de la puerta, las hace muy gruesas y altas, y todo lo que le rodea, vivo ó no, tiene este carácter macizo. Su mujer suele ser por lo general fuerte y robusta, los hijos son rollizos, con piernas como los piés torneados de las mesas antiguas; sus granjas parecen fortalezas; sus caballos, elefantes antediluvianos; todo su ganado es colosal; los hombres usan pantalones de una holgura fabulosa. El alemán no para su atención en las formas de los muebles y utensilios modernos, ni en las modas; conserva imperturbable sus arcos, sus mesas antiguas y su traje acostumbrado. No entiende de empresas ni de especulaciones; su satisfacción es trabajar con perseverancia y fuerza ruda. La riqueza no le malea, ni le desanima la pobreza; su índole viene á ser una especie de Océano Pacífico como lo describían antiguamente, una mar inmensa en que no hay tempestades y que desespere con su eterna calma. Así atraviesa el alemán esta vida y cuando muere ocupa su hijo su lugar. Así pasan y se suceden las generaciones, sin que ninguno de esta gente se distinga ni por acciones de arrojo ni por crímenes. Son ciudadanos útiles porque lo es su trabajo, que aumenta la riqueza del país; pero si bien la laboriosidad, la prevision y la economía son cualidades apreciables, los labradores alemanes son gente egoísta y sus virtudes son negativas: se reducen á la ausencia de vicios y pasiones.»

Estos labradores alemanes no podían sostener un periódico, pero un impresor alemán, Juan Zenger, se estableció por su cuenta en 1733 en Nueva York y publicó un semanario alemán, el segundo en toda la colonia; el otro era la *Gaceta de Bradford*, que en lengua inglesa se imprimió también en su casa. A los dos años se le formó una causa que hizo mucho ruido y dió lugar á fijar la jurisprudencia á favor de la libertad de la prensa, por resultado de la brillante defensa que hizo el célebre Hamilton, el abogado de Juan Zenger. Benjamin Franklin fué el primer impresor que en América dió á luz, desde 1730 hasta 1736, varias obras alemanas religiosas impresas con caracteres ingleses, es decir, romanos. Del impresor alemán Sauer ya hemos hablado; falta mencionar á José Crell, que en 1743 dió á luz un periódico alemán en Filadelfia. Otros impresores le sucedieron, destacándose entre ellos Enrique Miller, el cual desde 1760 hasta 1780 llegó á ser el principal editor alemán de Pensilvania y publicó en 1762 un periódico alemán, primero semanal y despues bi-semanal. Sus sucesores publicaron en 1781 otro periódico alemán, *La Correspondencia de Filadelfia*. Impresores alemanes había además en Lancaster, Reading y Easton, que dieron á luz varios periódicos, entre ellos uno en 1791 con el título de: *El Puerco-espín alemán*, pero mezclando en el mismo título el idioma alemán con el inglés, siendo el título imitado además de otro periódico inglés que se llamaba: *El Puerco espín inglés*. El periódico alemán: *El Águila de Reading*, fundado en la ciudad del mismo nombre en 1796, existe todavía hoy; en cambio desaparecieron uno tras otro los periódicos alemanes publicados en Filadelfia, algunos despues de haber tratado inútilmente de prolongar su lánguida existencia haciéndose bilingües. En el prefacio de la Biblia impresa en alemán, en 1805, en Reading, se dice que, atendida la inevitable y rápida extinción del idioma alemán en América, será esta probablemente la postrera edición de la Escritura sagrada en este idioma en los Estados Unidos. Nadie pudo prever entonces la inmensa corriente de emigración alemana que desde 1825 se dirigió á aquel país.

Si, como hemos visto, los emigrantes hugonotes que tenían un fondo de 12 millones y medio de pesetas depositado en el Banco de Inglaterra, y que efectuaron su traslación á América bajo una dirección inteligente, sistemática y previsora, ayudándose además mutuamente como compatriotas y correligionarios, se quejaban de las penalidades, peligros, maltrato, precio excesivo y otras molestias que pasaron en la travesía, no es de extrañar que padecieran inmensamente mas los emigrantes alemanes, según consta de muchos documentos originales, que nos presentan un cuadro de miserias espantosas, unidas á la paciencia y apatía del alemán. ¡Qué tal sería la condición del pueblo alemán en su país, cuando emigraba ansioso sometándose á tales horrores! Porque lo que no publicaban los periódicos y otros impresos en Alemania, lo contaban las innumerables cartas de los particulares, de las cuales se conservan muchísimas.

El ya citado periódico, publicado por el impresor Sauer, dice en un número del mes de febrero del año 1745: «Ha llegado á Filadelfia otro buque con alemanes, que según dicen se embarcaron en número de 400 y han quedado reducidos á unos 50. Cada quince días había distribución de pan que muchos se comían en cuatro, cinco ó seis días, y en menos tiempo si no se les daba rancho caliente; además, si se retardaba la distribución de pan dos ó tres días mas de los quince, desfallecían los que no tenían dinero, porque el que tenía dinero y quería gatarlo podía comprar harina á tres peniques (32 céntimos de peseta) la libra, y vino á un teler la botella. Gracias á que tuvo la fortuna de poder comprar cada día harina y vino, se ha podido mantener con su mujer y cinco hijos uno de los pasajeros. Otro que comió su ración de pan en una semana, se postró con su mujer á los piés del capitán, suplicándole que le diera un poco de pan, pero no consiguió nada; entonces le suplicó que le arrojara al mar para ahorrarle la muerte lenta por hambre, pero tampoco quiso acceder á esto el capitán. Acudió al piloto que vendía la harina y el vino, pero este, en lugar de echarle un poco de harina en la bolsa que el pobre le presentó, se la llenó de arena y de pedazos de carbon de piedra. Entonces se retiró el infeliz llorando y murió con su mujer antes de que llegase el día del reparto del pan.»

Un tal Gaspar Wirter escribió en 1732: «En la travesía suceden á veces cosas lamentables. Un buque estuvo el año pasado veinticuatro semanas en alta mar, y de las 150 personas que llevaba á bordo, murieron mas de cien de extenuación y de hambre. Se comieron hasta las ratas y ratones que había en el buque, pagando por un raton medio florin. Los que sobrevivieron desembarcaron en otro país, donde despues de haber pasado mucha miseria, fueron presos y hubieron de pagar el pasaje suyo y de los fallecidos. Este año han llegado diez buques que habían tomado á bordo tres mil pasajeros. Uno de estos buques ha estado diez y siete semanas en el camino, habiendo fallecido cerca de sesenta de sus pasajeros en el mar; los restantes están enfermos todos, desfallecidos, y lo que es peor, sin recursos, pues todos son pobres. El precio del pasaje desde Rotterdam es para las personas mayores de catorce años, seis doblones, y para los menores, de cuatro á catorce años, la mitad; el que no puede pagar este pasaje tiene que dejarse vender aquí por tres, cuatro, seis, ocho ó mas años y ha de trabajar este tiempo en calidad de esclavo.»

Esto dió lugar á grandes especulaciones de parte de los capitanes y dueños de buques, que enviaban á toda la Alemania innumerables agentes para enganchar cuanta gente podían, por supuesto, gente sin trabajo, mendigos, vagabundos y toda clase de desesperados, cobrando un tanto por cabeza del empresario, del cual llenaba sus buques con esta

mercancía. Refiérese de uno de ellos, llamado Heerbrand, que había reunido así ya hasta 600 cargamentos. Para muestra de este comercio escandaloso de emigrantes alemanes, de la abyección y embrutecimiento de estos, y del carácter de la época, copiaremos aquí algunos anuncios de periódicos americanos, ingleses y alemanes:

«Está de venta una mujer de buena apariencia que tiene que servir tres años y medio. Sabe hilar bien.»

(*Pennsylvania Gazette*, junio 1742.)

«Alemanes que acaban de llegar.—Hoy ha llegado de Rotterdam el buque *Boston*, capitán Mateo Carr, con algunos centenares de alemanes, hombres, mujeres, niños y niñas; hay entre ellos de toda clase de oficios y braceros. Las personas que deseen adquirir algunos se servirán presentarse á David Rundle, en la calle de Front.

»Filadelfia, 9 de noviembre de 1764.»

(*Pennsylvania Staatsbote*, periódico alemán.)

«Se vende el tiempo obligatorio de servidumbre de una moza de servicio alemana. Es mujer fuerte, sana y fresca. No se vende por otra falta mas que la de no ser apta para el puesto donde está ahora. Sabe desempeñar todos los trabajos de campo y probablemente será buena tambien para una posada. Le faltan cinco años de servicio.»

(El mismo periódico anterior, correspondiente al 4 de agosto de 1766.)

«Se vende un chico alemán, aprendiz de sastre, que sabe trabajar bien. Le toca servir cinco años y tres meses.»

(Anuncio inglés en el periódico alemán: *Pennsylvania Staatsbote*, del 16 de diciembre de 1773.)

«Alemanes.—Hay todavía de 50 á 60 alemanes que quieren servir para pagar su pasaje. Hay entre ellos dos maestros de escuela, hombres de oficio, labradores y criaturas guapas de ambos sexos.»

(*Pennsylvania Staatsbote*, del 18 de enero de 1774.)

«Se vende una criada alemana. Le faltan todavía cinco años de servicio.»

(*Philadelphier Correspondenz*, del 25 de abril de 1785, periódico alemán de Filadelfia.)

A esta relacion vergonzosa para el pueblo alemán, añadiremos el siguiente extracto de un libro publicado simultáneamente en Francfort y Leipzig en 1756 por un tal Mittelberger, que fué á Pensilvania en 1750 y regresó á Alemania cuatro años despues:

«Muchos padres venden ellos mismos á sus hijos, como quien vende ganado, á fin de sacar así de ellos el precio del pasaje para quedar libres; y como no saben muchas veces en qué manos ni adónde van á parar sus hijos, sucede con frecuencia que pasan años hasta que vuelven á verse y muchos no vuelven á verse en toda la vida. Sucede tambien á menudo que toda la familia, padre, madre é hijos quedan separados, cuando cada uno de ellos es vendido y se los llevan compradores diferentes.»

Los que no encontraban comprador eran vendidos en pública subasta, á lo menos en Maryland, como se desprende del siguiente anuncio del año 1754: «Rosina Dorotea Kost, hija de Kaufmann, de Waldenburg, en el principado de Hohenlohe, desea hacer saber á su cuñado Spohr, en Conestoga, que es sierva, habiendo sido vendida en pública subasta, como lo han sido este año otros.»

El famoso gran propietario Johnson, en el Norte de la co-

lonia de Nueva York, del cual hemos tenido ocasion de hablar repetidas veces, se casó con una alemana de gran hermosura que había sido vendida por criada, en pública subasta, á los hermanos Phillips. Johnson ofreció á estos por ella cinco libras esterlinas, con la amenaza de robarla y dar á sus amos una paliza si no se la cedían de grado. Los Phillips cedieron la moza, que fué despues esposa de Johnson, al cual dió muchos hijos, cuyos descendientes ocupan todavía un lugar distinguido.

En un libro que en 1797 publicó en Berlin un tal Bülow sobre la república de los Estados Unidos, se lee, entre otras cosas: «En América se venden fácilmente gañanes y artesanos; pero á veces los buques llevan tambien algun artículo que no tiene salida, como son oficiales de ejército y hombres de ciencia. He visto un capitán ruso pasar como lastre una semana á bordo del buque que le había llevado sin que nadie mostrara ganas de adquirirlo. No era vendible; el capitán del buque no cesaba de importunarle para que se buscara un comprador, diciéndole que él de buena gana le cedería por la mitad, «que ya podía ver él mismo que no había nada que ganar con él.» Envió al capitán á recorrer la ciudad para ver si alguien se decidía á comprarle, pero todo fué inútil. El señor capitán fué por último vendido para servir de maestro de escuela en una aldea.

Un cura alemán en Filadelfia escribió en 1773 que estaba ahorrando veinte libras esterlinas para poder comprar un estudiante alemán, con el objeto de hacerle servir de maestro de escuela.

Una disposición del gobierno mandaba que se inscribiesen en un registro todos los inmigrantes al desembarcar en América; pero como los empleados de la oficina del registro solo hablaban por lo general inglés, no sabían pronunciar ni escribir los nombres alemanes; así los apuntaban anglicificándolos á su manera, resultando á menudo nombres enteramente diferentes, y solían contestar á las observaciones del interesado, que tampoco entendía el inglés: «Cualquier nombre es bueno para un alemán.»

Para muchos alemanes no fué, pues, la América del Norte el país de la libertad sino el de la esclavitud.

En 1750 publicó el gobierno una disposición destinada á acabar con tanta ignominia, pero no llegó á entrar en vigor á pesar de las reclamaciones que se presentaron en diferentes ocasiones. La ya citada *Sociedad Alemana de Pensilvania*, fundada en 1764, dió los primeros pasos prácticos en este sentido, pero sin resultado notable, ni menos general. Uno de sus individuos, el pastor protestante Helmholtz, propuso en 1788 destinar un premio á la mejor obra sobre el tema: «¿Cómo puede fomentarse la conservación y extension del idioma alemán en Pensilvania?» La proposición fué desechada; pero aunque hubiese sido admitida no habría dado un resultado práctico, porque la misma sociedad llevaba en idioma inglés sus libros, incluso el de las actas de sus sesiones, despues de su reorganización en el segundo decenio del siglo actual.

En 1784 fundóse en Nueva York una sociedad alemana con el objeto de mejorar la condición de los inmigrantes alemanes. A su cabeza estuvo desde el año siguiente de su creación hasta su muerte, en 1794, el general Steuben, pero ni esta ni la otra llegaron á reunir un número regular de socios. El opulento alemán Astor, que en 1783 había llegado á América sin un céntimo, era otro de los individuos de la sociedad de Nueva York, pero no se cuidó ni poco ni mucho de los intereses alemanes, y sus hijos se avergonzaron de la patria alemana y del idioma alemán.

Durante las presidencias de Monroe (desde 1817 hasta 1825) empezó á caer en desuso, pero muy paulatinamente y

sin que una ley lo mandara, la esclavitud de los inmigrantes alemanes.

Además de la Pensilvania y de Nueva York, adonde acudió el grueso de la inmigración alemana, no escaseaba esta en el siglo pasado en otras colonias, como la de New-Jersey, donde se conocía ya en 1707 un Valle Aleman por haberse establecido allí, según dicen, una colonia de protestantes reformados de esta nacionalidad; y desde 1730 hasta 1740 inmigraron muchos más, que se establecieron en otros distritos de la misma colonia; pero de su existencia solo nos han conservado noticias las cartas y notas de sus curas predicadores.

En la colonia del Maine un comerciante alemán de Boston, llamado Waldo, fundó en 1740 una colonia alemana, que llamó Waldoburg y que tuvo que pasar grandes penalidades; cinco años después pudo reclutarse en ella una compañía alemana, que mandada por su pastor Ulmer tomó parte en la campaña contra Louisburg. En 1746 los indios destruyeron la colonia, que fué después reedificada juntamente con una pequeña iglesia. Otra colonia, llamada Francfort, fundaron los emigrantes alemanes á orillas del río Kennebec; pero tanto en esta como en la anterior solo recuerda algo su origen el tipo alemán de los habitantes. La colonia de Massachusetts tuvo también su inmigración alemana.

Más numerosa que en el Norte, en la llamada Nueva Inglaterra, fué la inmigración alemana en Maryland. En 1758, treinta años después de la fundación de la ciudad de Baltimore, existía allí una iglesia alemana protestante, á la cual se agregó otra 16 años después. Al estallar la guerra de la independencia los alemanes del Maryland formaron un regimiento de infantería y una compañía de artillería mandada por alemanes también. Sobre estos alemanes del Maryland, cuyo centro principal era el distrito de Frederick, escribe el historiador local de Baltimore, F. Scharff: «La gran mayoría de los habitantes del distrito de Frederick había nacido en Alemania ó de padres alemanes. Estos colonos ignoraban el lujo y las comodidades, cultivaban sus reducidas tierras y se contentaban con poco. Hablaban la lengua de sus mayores, y guardaban sus antiguas Biblias alemanas, con sus cubiertas de pergamino, como reliquias sagradas.»

Proclamada la constitución de los Estados Unidos, el puerto de Baltimore llegó á ser uno de los principales de importación en la república, y del número de alemanes establecidos allí dará una idea el hecho de que tres de los siete concejales del ayuntamiento de la ciudad eran alemanes.

Virginia también contó en 1734 varias colonias alemanas y el pastor luterano Stover pasó en 1735 á Alemania para recoger allí fondos para una nueva iglesia, habitación para el párroco y librería. El gobernador Spotswood fundó con un grupo de alemanes enviado por la reina Ana otra colonia llamada Germanna, más arriba de las cascadas del río Rappahannock; y aun más allá, según se lee en una descripción de Virginia publicada en Londres en el año 1724, se había establecido otra colonia de alemanes del Palatinado, á los cuales se habían concedido grandes extensiones de terrenos férciles, donde plantaron viñas con sarmientos españoles, franceses y alemanes que les facilitó el gobierno.

Un empresario suizo llamado Graffenried había comprado grandes terrenos en la Carolina del Norte, que colonizó con 650 alemanes del Palatinado. Estos fundaron en 1710 una ciudad llamada Nueva Berna, en la confluencia de los ríos Neuse y Trent. Al año siguiente cayó el especulador suizo en manos de los indios, que empezaron por dar muerte con atroces tormentos á los que le acompañaban. Graffenried se libró de la suerte de sus acompañantes diciendo á los salvajes que era el rey de los palatinos, y como tal hizo un

convenio con aquellas fieras, convenio que preservó más adelante á su colonia de gran parte de los horrores de la guerra con los indios; pero en cambio engañó á los colonos, á los cuales no dió los títulos de propiedad de los terrenos que habían cultivado, y salió del compromiso hipotecando todo el territorio á favor de un inglés. Desde el año 1751 los hermanos moravos crearon allí varias misiones, que existen todavía hoy. Una sociedad alemana, fundada en 1764 en Helmstadt, en el ducado de Brunswick en Alemania, para la extinción de la irreligiosidad y de las doctrinas erróneas, introducida entre los alemanes de las Carolinas, envió libros de escuela y otros, con lo cual contribuyó mucho á la conservación de la nacionalidad alemana en aquellas colonias y ojalá hubiesen seguido este ejemplo con tesón en las demás.

Muchos emigrantes alemanes y suizos se dirigieron á la Carolina del Sur, donde fundaron en 1732 la ciudad de Purrysburg á orillas del río Savannah. Dos años después, hasta 1741, inmigraron unos 1,200 tirolese protestantes, arrojados de Salzburgo, en la Georgia y la Carolina del Sur. Orangeburg, á orillas del río Edisto, era otra colonia de suizos alemanes, y en el reinado de Jorge II se colonizó con alemanes el distrito de Sajonia-Gotha. En 1763 entraron en el puerto de Charleston dos buques con alemanes. En 16 iglesias de la Carolina del Sur se predicaba en alemán hasta el tiempo de la guerra de la independencia, y al principiar esta guerra se organizó una compañía de infantería alemana que todavía hoy se conserva. En 1766 se fundó en Charleston una sociedad alemana para socorrer á los inmigrantes de su nacionalidad. Esta sociedad dió, para las necesidades de la guerra, 50,000 pesetas, y hecha la paz dió instrucción gratuita cada año á veinte niños alemanes pobres.

Durante las guerras napoleónicas quedó interrumpida la inmigración, y la lengua inglesa fué invadiendo hasta las iglesias de las colonias alemanas. Hoy solo recuerdan estas algunos nombres alemanes mutilados de lugares.

Emigrantes alemanes figuraron en gran número en la colonización de los territorios al otro lado de los montes Alleghanies, á fines del siglo pasado. Washington quiso colonizar con alemanes del Palatinado un territorio de 4,047 hectáreas que el gobierno inglés le había cedido en 1770, al Sur del Ohio, y otros territorios junto al río Kanawha, prometiendo á los colonos viaje y manutención gratuitos hasta la primera cosecha, y exención de renta durante cuatro años; pero la guerra de la independencia impidió la realización de este proyecto.

En 1783 establecieron familias alemanas en la orilla izquierda del Ohio, y muchos hijos de colonos alemanes establecidos en Pensilvania y Virginia se crearon hogares propios en el Estado de Kentucky; pero se anglicaron luego. Sodavsky, polaco alemán, tenía ya en 1728 una factoría junto á la embocadura del río Sandusky, nombre corrompido de Sodavsky, en el lago Erie. En 1740 vendedores alemanes recorrían los territorios incultos del Oeste y en 1750 el alemán Gist exploró las regiones al Norte del Ohio. En 1761 construyó en estas regiones y entre las tribus salvajes una casa fuerte el hermano moravo Gist, que con su correligionario Heckewelder, que se le juntó y que aprendió el idioma delawar, predicó á los salvajes el Evangelio; pero ambos tuvieron que huir cuando estalló la guerra con los indios. Este contratiempo no abatió el ánimo de los hermanos moravos, los cuales fundaron las primeras cuatro colonias á orillas de los ríos Tuscarawa y Muskingum. Una de estas colonias, Schonbrunn, fundada en 3 de mayo de 1772, fué también la primera del Estado del Ohio, que después se formó en aquella región. A los tres años de su fundación las cuatro colonias contaban 414 habitantes, incluso los indios con-

## CAPITULO VI

TOMÁS JEFFERSON

(1801-1809)

vertidos, entre los cuales aquellos misioneros perseverantes extendieron, al mismo tiempo que el Evangelio, el idioma alemán; pero una sangrienta catástrofe puso fin á su trabajo en el mes de marzo de 1782. Como había sucedido en los Estados de Nueva York y de Pensilvania, los colonos fronterizos miraban con recelo y mal contenido rencor los esfuerzos de la secta morava para civilizar la población india. En su consecuencia, una banda numerosa de soldados, voluntarios, entre ellos muchos alemanes, á las órdenes de un coronel llamado Williamson, cayó sobre las misiones de los hermanos moravos. Aquellos verdugos encerraron á los habitantes, que ninguna resistencia ofrecieron, en diferentes edificios; y cuando los infelices conversos hubieron concluido su última oración, uno de los foragidos, después de quitarse el jubón y de remangarse los brazos, entró, armado de una maza, en el primer edificio, donde estaban las mujeres y los niños prosternados en el suelo orando; mató á golpes de maza, una tras otra, á 14 mujeres, y después alargó la maza á un compañero diciendo: «¡Esto sí que se llama trabajar! Continúa tú ahora; yo estoy cansado.» Efectivamente, continuó el otro, y otros hicieron lo mismo en el edificio donde estaban reunidos los hombres. Las víctimas de esta matanza fueron 93, entre hombres, mujeres y niños. Solo dos niños escaparon con vida. Así lo refiere el misionero Heckewelder, y otro añade: «Cuando estuvo consumada la matanza, se retiraron los asesinos para embriagarse con aguardiente y con el vino destinado á la comunión. Después volvieron donde yacían los cadáveres de sus víctimas para contarlas, y viendo que un pobre chico, cubierto de sangre, se había incorporado, le remataron. Hecho esto, pegaron fuego á las casas y se marcharon cantando y regocijándose como si acabasen de conseguir una gran victoria.»

Entre los alemanes que se distinguieron en América, citaremos todavía á los dos hermanos Wetzel, afamados cazadores de indios en las guerras que los americanos hicieron á estos salvajes durante la presidencia de Washington. Otros prestaron grandes servicios como espías y exploradores á los generales Harmor, Saint-Clair y Wayne. Otro alemán llamado Ziegler tomó parte, con el grado de comandante, en todas las campañas contra los indios en el ejército de los Estados Unidos, mereciendo grandes alabanzas por su valor y prevision y siendo el primer alcalde de Cincinnati cuando el Estado de este nombre fué incorporado á la Unión, en el año 1802. La ciudad de Zanesville tiene su nombre de un alemán llamado Zahn. En fin, sería nunca acabar citar á todos los alemanes que contribuyeron los primeros á colonizar las regiones al Oeste de la Unión.

A fines del siglo pasado formaban los alemanes, según Presche, la dozava parte de la población total de los Estados Unidos; hoy forman la séptima; mas si la inmigración alemana en la América del Norte no hubiese continuado después de las guerras napoleónicas, que la interrumpieron, apenas se hablaría ya de ella ahora, porque habría servido solamente como parte de los materiales que constituyen los cimientos invisibles del soberbio edificio de la república norteamericana. Pero la historia del elemento alemán no concluyó al finar el siglo pasado, ni concluirá al fin del actual. Hoy es ya evidente la profunda influencia que la inmigración alemana ha ejercido bajo los conceptos político, social é intelectual en el desarrollo de los Estados Unidos, como la ejerció en menor grado la inmigración hugonote, muy al revés de la irlandesa, que ha resultado una desgracia para aquel vasto continente. El estudio de la historia del elemento alemán en América solo puede ser bochornoso y elegiaco para los que no quieren creer en el porvenir que le está reservado en aquel continente.

Con su traje de cada día, solo, sin acompañantes ni séquito, montado en su cuátrago, el nuevo presidente de los Estados Unidos, Jefferson, que tan bien sabía unir el entusiasmo del defensor de los derechos naturales del hombre con el del republicano demócrata particularista y con el de promovedor de los intereses de los Estados esclavistas, se dirigió á la Casa Blanca, en el Capitolio de la ciudad de Washington; allí ató su caballo á la cerca y entró en su nueva residencia, como protestando tácitamente contra las carrozas, criados de librea y demás pompas copiadas por sus antecesores de las viejas monarquías de Europa. Así dicen su biógrafo Morse (1) y el inglés Juan Davis, que casualmente presenció la llegada. Esta sencillez republicana era naturalmente mera afectación, calculada para impresionar á los americanos. Su discurso de toma de posesión fué un esfuerzo retórico que rebosaba amor á la humanidad y anunciaba el comienzo de una nueva época gloriosa para la civilización humana. Decía aquel florido discurso respecto del gobierno federal: «Las diferencias en las opiniones no son diferencias de principios; tenemos hermanos que profesan los mismos principios y se agrupan bajo nombres diferentes; pero todos somos republicanos, todos somos federalistas. Sigamos, pues, con tesón y confianza profesando nuestros principios republicanos y federales propios, nuestro afecto á la Unión y al gobierno representativo.»

Jefferson llevó la afectación de sencillez hasta la grosería mas imprudente, como se desprende de la recepción oficial del embajador inglés Merry, descrita por el mismo diplomático: «Al entrar en la sala de audiencia no encontré allí á nadie, lo cual al parecer sorprendió mucho al ministro de Estado Madison, que fué mi introductor. Siguiéndole, penetramos en el recibimiento que precede al estudio del presidente, donde creí había de tener efecto la presentación; mas de pronto entró el señor Jefferson por otra puerta en el recibimiento, que es tan pequeño que tuve que dar un paso atrás para dejar sitio al recién venido. Allí, reunidos los tres en tan angosto aposento y en posición nada agradable, se efectuó mi presentación al presidente por el Sr. Madison. El aspecto del Sr. Jefferson me convenció luego de que las circunstancias que acompañaron á mi presentación no eran efecto de una casualidad, sino que estaban preparadas con premeditación y estudio. Yo me encontré allí en mi traje oficial á la hora fijada por el mismo presidente de los Estados Unidos, y este, sin embargo, se presentó de gaban, con pantalón y ropa interior sucios, los pies metidos en zapatillas, como quien no hace caso de exterioridades ni apariencias. Su aspecto descuidado era puro cálculo.»

Esta sencillez artificiosa é hipócrita era peor y más desagradable que las etiquetas solemnes y tediosas de los dos predecesores de Jefferson, siendo además una falta política, porque el embajador de Inglaterra se resintió con razón y no dejó de hacerlo comprender así al presidente, que tenía la vanidad de ser un político archisagaz y penetrante. Hamilton le conoció á fondo, conforme se ve en una carta suya en que dice: «Es un gran error creer que Jefferson es capaz de llevar la fidelidad á sus principios hasta sacrificarles su popularidad y su interés particular. Puede tenerse la seguridad de que como cualquier otro contemporizará y calculará lo que pueda aumentar su crédito y su conveniencia particular. La consecuencia de semejantes caracteres es la con-

(1) *American Statesmen*, por John T. Morse.